





El sacerdote Fermín Erice sostiene la Biblia sobre la que Don Javier jura los fueros vascos bajo el Árbol de Guernica en mayo de 1937. A la derecha, Antonio Arrúe, dirigente carlista guipuzcoano.

ARCHIVO JAVIER ORBE



Jaime Lasuen, probablemente en Fuenterrabía, con uniforme de oficial de Requetés.

CEDIDA POR LA FAMILIA LASUEN

forma, los buques de sus navieras, así como pesqueros contratados ocasionalmente, servían para avituallar en alta mar a los U-Boot, los famosos y eficaces submarinos alemanes.

Así, Lasuen sitúa la frente de Hisma –matriz de Sofindus– en Bilbao a Emil Bauer (círculo 1), miembro del partido hitleriano, directivo de Minerales España, asociado al Centro alemán de Prensa (6) y a los servicios de propaganda que Bayer dirigía en Guipúzcoa (círculo 18 de San Sebastián). Sin embargo, en la capital vizcaína la red de espionaje giraba, sobre todo, en torno a los hermanos Pasch (7), también miembros del partido, directores de la compañía Minerales España y que tenían como estrecho colaborador a Muller (2), dedicado específicamente al avituallamiento de los submarinos y a la red de espionaje que se extendía por la costa, desde Irún a la capital cántabra.

Otro centro importante de espionaje en Bilbao era el Restaurante Germania (5), cuyo propieta-

rio, Jorge Demmel, se encargaba de reclutar marineros que sirvieran de correos entre España y el continente americano, especialmente con Argentina, dependiendo en esta tarea de Karl Arnold, máximo responsable de las relaciones del régimen nazi con América Latina. Entre los lugares de encuentro habitual, figuran el hotel Inglaterra (9), propiedad del agente Otto Loeffler (11), el Bar Pacho (16), la Cervecería Reingol (12) y el hotel Carlton (19), donde entraban en contacto con el espionaje de la Italia fascista.

En San Sebastián se reproduce el esquema en torno a las figuras de Von Nagel (21) y su número dos, Willy Beissel (22), quienes, a su vez, cuentan con la colaboración del coronel Otto Born (20) para los servicios de espionaje. Según los documentos de Lasuen, el barrio de Gros, donde se encontraba el Consulado Alemán, era un verdadero nido de espías. Beissel, en su calidad de jefe del partido nacionalsocialista en la capital donostiarra, se encargaba de recibir y

controlar a todos los alemanes que llegaban a Guipúzcoa, teniendo como punto de encuentro el Café Viena Kutz. Otros lugares de contacto eran la Pensión Alemana (33) y la Deutsches Heim –Hogar Alemán– (32), así como la Cervecería Alemana de Pasajes, en cuyo puerto se encontraba Karl Hiller, representante de la naviera alemana Hansa. También se cita, entre los contactos, a William Niessen (15), que había fundado en Rentería el año 1914 la conocida empresa de mecanismos eléctricos que lleva su nombre.

Von Nagel, por su parte, se encargaba de las relaciones fronterizas y la “valija diplomática” que, procedente de Francia, iba dirigida a Madrid. A Nagel aparece vinculado uno de los personajes más siniestros de la ocupación nazi de Francia: Henri Delfanne, conocido torturador dedicado a desarticular los grupos de la Resistencia Francesa. Al acabar la guerra mundial, estuvo protegido en San Sebastián hasta que, presionado por los aliados, Franco tuvo que entregarlo a Francia, donde fue condenado a muerte y ejecutado en 1947.

De acuerdo con estos organigramas, tal y como se señala en el ángulo inferior izquierdo, toda la red conectaba con los servicios centrales de Madrid a través de Eilhelm Mallet, representante en España de importantes empresas alemanas, como Messerschmitt, Dornier o Askania, y sobre todo de Joseph Lazar, igualmente integrado en el consorcio Sofindus y máximo responsable de la propaganda nazi en Madrid.

Lazar está considerado el dirigente hitleriano más activo en Madrid durante la guerra mundial. Dependía de Goebbels, una de las personas más cercanas a Hitler, y se dedicaba, entre otras actividades, a influir en los periódicos y revistas españolas, llegando incluso a subvencionar hojas parroquiales para que difundieran la ideología nacionalsocialista. Lazar fue uno de los agentes que, junto con Wilhelm Pasch, fue condecorado en septiembre de 1940 por Franco con la Orden Imperial del Yugo y las Flechas.

Lasuen pudo reconstruir la red de espionaje porque, al ser ocupada Francia por los alemanes, se refugió en San Sebastián, donde ayudaba a otros franceses que también cruzaban la frontera. En Guipúzcoa tenía numerosos con-

tactos no solo por sus antecedentes carlistas sino por haber producido con la famosa actriz Musidora el año 1921 “La Capitana Alegría”, primer largometraje rodado íntegramente en el País Vasco. También había vivido en persona el ascenso al poder de Hitler cuando estudiaba en Friburgo, ciudad alemana en la frontera con Francia, coincidiendo con muchos carlistas en su oposición al nazismo, al que responsabilizaban del dominio falangista de España. Así lo expresa también Del Burgo en sus memorias sobre la Guerra Civil, recordando que Lasuen solía insistirles en que no confundieran a los alemanes con los nazis porque estos eran unas “bestias” que se habían adueñado del país.

Los seguidores de Manuel Fal- Conde o *falcondistas*, la línea mayoritaria del carlismo, rechazaban el estatismo fascista, por lo que propugnaban la neutralidad de España, aunque muchos de ellos adoptaron posiciones claramente aliadófilas. En Guipúzcoa, por ejemplo, la propaganda nazi era contrarrestada por José Garmendía Arísti, dirigente tradicionalista de Zaldívar, que mantenía buenas relaciones con el cónsul británico, Arthur Goodman. Garmendía se dedicaba a distribuir información aliadófila no solo en la vicaría general de San Sebastián sino también en los obispos de Pamplona y Vitoria, así como entre las congregaciones de los carmelitas, franciscanos, pasionistas y capuchinos, entre los que abundaban las posiciones antihitlerianas.

En Navarra, durante los Sanfermines de 1941, el embajador británico, Sir Hoare, tuvo que ser acogido en casa de los Baleztena, destacados falcondistas, porque ningún hotel de Pamplona se atrevía a dar habitación al representante de los aliados en España. Algunos sectores llevaron aún más lejos esta colaboración con los aliados. Estudiantes carlistas de varias universidades propusieron alistarse en las fuerzas de Montgomery para combatir a los nazis en el norte de África. El propio Garmendía creó una red de apoyo a los ingleses en previsión de que se produjera una invasión aliada para evitar la ocupación alemana de la Península Ibérica.

Lo mismo hicieron en Navarra un grupo de antiguos capellanes de requetés liderados por Fermín Erice, igualmente aliadófilo con-

vencido. Erice era entonces párroco de Añorbe y contó con la colaboración de José María Solabre, párroco de Berriozar, y Pascasio Osácar, que lo era de Noáin. Cuando fueron apresados, se les encontraron tres emisores de radio e informes según los cuales garantizaban la colaboración de carlistas en una treintena de localidades navarras si los aliados invadían España.

Este suceso provocó la intervención personal de David Jato Miranda, máximo responsable de los servicios de información de Falange, que tuvo, por este motivo, una violenta discusión con el obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, también antifalangista, que defendió a los detenidos. Los sacerdotes fueron “encarcelados” en un convento, donde contaron con todo tipo de atenciones. Fermín Erice era conocido por haber dirigido en mayo de 1937 la solemne jura de los Fueros Vascos en Guernica por Javier de Borbón-Parma como Regente de la Comunión Tradicionalista que presidía Manuel Fal- Conde.

En otros casos, las consecuencias fueron peores. Una supuesta colaboración con el maquis le costó la vida a Auguste Pierre, requeté del Tercio de Montserrat, nacido en Barcelona pero de origen francés. Fue uno de los 99 ahorcados de farolas y balcones en venganza por la muerte de 40 soldados alemanes durante la ocupación temporal por la Resistencia de la ciudad de Tulle, donde trabajaba en una fábrica de armas tras haber regresado a Francia para cumplir el servicio militar. Un miembro de la SS se entretuvo en dibujar la escena, una de las represalias más salvajes bajo el dominio nazi.

Por el mismo motivo el propio Javier de Borbón-Parma terminó en el campo de exterminio de Dachau. A finales de 1937, pese a haber autorizado la participación de los requetés en la guerra, Franco le había expulsado de España por oponerse al Decreto de Unificación, mientras su representante en Guipúzcoa, Antonio Arrúe, era encarcelado en Granada. Durante la ocupación alemana de Francia, apoyó al maquis en el departamento de Allier. Fue detenido por la Gestapo y enviado a Dachau. A finales de abril de 1945, cuando ya se hablaba abiertamente de la rendición alemana y las SS habían decidido “morir matando”, sacaron del campo a 139 personalidades para utilizarlas como rehenes y las llevaron a la localidad de Niederdorf, en un recóndito valle de los Alpes italianos.

Convencidos de que iban a ser asesinados, el coronel Bonin, oficial alemán enviado a Dachau por desobedecer las órdenes de Hitler, consiguió avisar a una unidad del Ejército regular que estaba acantonada en esa misma zona y que impidió, in extremis, la ejecución de los rehenes, forzando la retirada de las SS. Llevados al cercano hotel Pragser Wildsee, a orillas del lago Braies, el 4 de mayo fueron definitivamente liberados por tropas norteamericanas. Una placa situada en este lujoso establecimiento sigue recordando hoy, 75 años después, que el pretendiente carlista estuvo a punto de morir junto a decenas de personalidades europeas, entre ellas el obispo de Clermont Ferrand y el que fuera presidente del Frente Popular francés, León Blum.